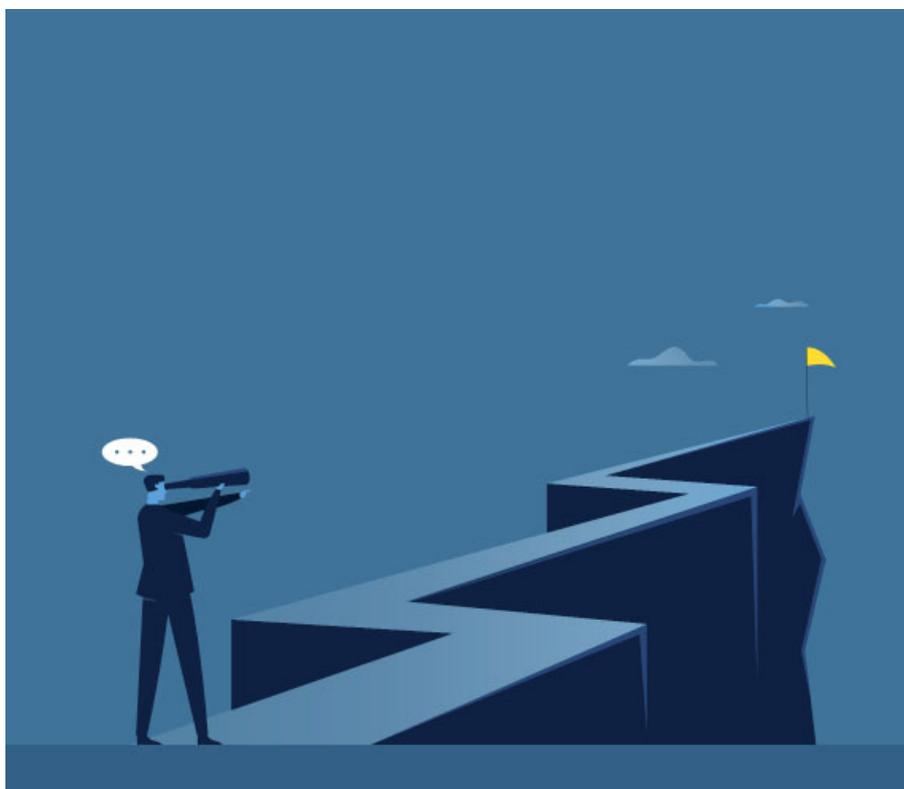


NUEVAS TENDENCIAS.



Universidad de Navarra | INSTITUTO EMPRESA Y HUMANISMO

#110
JULIO 2023



El propósito personal y sus fuentes de sentido

EL SER HUMANO AFRONTA MEJOR LOS DESAFÍOS Y DIFICULTADES DE LA VIDA SI ESTÁ MOTIVADO POR UNA CAUSA CON SENTIDO -ES DECIR, UN PROPÓSITO. SIN EMBARGO, A VECES, EL PROPÓSITO PUEDE TRANSFORMARSE EN ALGO OBSESIVO Y GENERAR CULPA, FRUSTRACIÓN O GRANDES INSATISFACCIONES.

LUIS ALONSO RAMOS E IÑAKI VÉLAZ

¿QUO VADIS COMPLIANCE?

BELÉN FONTANALS

DESCIFRANDO LAS CLAVES DEL IMPACTO: PRÁCTICAS PARA INCORPORAR LA SOSTENIBILIDAD E IR MÁS ALLÁ

M^a EUGENIA CLOUET

DEMOGRAFÍA, FAMILIA Y CULTURA

ALEX NAVAS

ECONOMÍA O POLÍTICA: LA QUIEBRA DE LA ACCIÓN

MIGUEL ALFONSO MARTÍNEZ ECHEVERRÍA

¿EL MUNDO ESTÁ PREPARADO PARA LA GEN Z?

M^a EUGENIA CLOUET Y VERÓNICA LOZADA

8 CLAVES DE UNA MENTE POSITIVA

JUAN MANUEL QUELLE

LA 'VELOCIDAD DE ESCAPE' DE LA IA Y EL FUTURO DEL TRABAJO

JUAN ÁNGEL SOTO

TRABAJO HUMANO PARA UN DESARROLLO HUMANO

ANA MARTA GONZÁLEZ

SUMARIO.

LUIS ALONSO RAMOS

lramosfranc@alumni.unav.es

IÑAKI VÉLAZ

ivrivas@unav.es

TRES APROXIMACIONES AL PROPÓSITO

La idea de que el ser humano enfrenta mejor los desafíos y dificultades de la vida en la medida en que esté motivado por una causa con sentido —es decir, un propósito— puede no ser nueva ni muy sorprendente.

Sin embargo, sí que es sorprendente la grave dificultad que algunas personas experimentan para encontrar un porqué que los ayude a mejorar su motivación y superar aquellos obstáculos que los tienen estancados; obstáculos que, por lo general, no son más que un conjunto de malos hábitos muy arraigados. Parece que la efectividad del porqué fuera increíblemente elusiva en esas circunstancias. Pese a ello, ese carácter esquivo queda superado por el esplendor de un propósito que ha movido a muchos a soportar y superar con fidelidad, integridad e incluso heroísmo verdaderas experiencias de sufrimiento, opresión y tiranía. Así lo ponen de manifiesto, por ejemplo, Viktor Frankl en su popular obra *El hombre en busca de sentido*, o Aleksandr Solzhenitsyn en *Archipiélago Gulag*. A otros ese propósito vital les ha llevado a sobrevivir —frente a todo pronóstico— al infortunio de terribles accidentes y desastres naturales, como el épico caso de Ernest Shackleton y la tripulación del *Endurance* (ver Alfred Lansing, *La prisión blanca*). No en vano se ha sostenido que *quien tiene un porqué en la vida es capaz de soportar cualquier cómo* (Nietzsche, Frankl).

Sorprende también la extrema polarización que parece haber a la



hora de identificar esos porqués de la existencia: algunas personas simple y llanamente saben qué las motiva o qué es lo más importante en sus vidas. Otras, por el contrario, no logran identificar con claridad cuáles son las motivaciones subyacentes a su conducta habitual. En el extremo, algunos pueden sentir incluso que saberlo o ignorarlo resultaría irrelevante e inservible en su día a día, ya que son temas de los que ni se habla ni se discute. Les basta saber que se tiene trabajo y responsabilidades, y que hay que cumplirlas.

No menos llamativo puede ser que, a pesar de los beneficios que se le atribuyen a tener un porqué claro en la vida, existe también la posibilidad de considerarlo como psicológicamente dañino, como bien explica Albert Ellis en *A new Guide to Rational Living*. ¿A qué se

debe esto? Para ciertas personas, en determinados momentos, el propósito puede transformarse en algo obsesivo, resultar opresivo y generar culpa, frustración o grandes insatisfacciones en el proceso de alcanzar ciertos objetivos que no siempre se logran, prolongando un estado de ansiedad que llega a convertirse en crónica. Es una experiencia que no pocas veces termina en *burnout*, depresión y aislamiento, destruyendo la capacidad de actuar y sentir satisfacción en la vida, deteriorando además los vínculos de las relaciones más importantes y la capacidad de hacerse cargo de alguna responsabilidad laboral o incluso doméstica.

Todas estas realidades suscitan buen número de interrogantes: ¿realmente importa tanto tener un propósito personal en la vida?

El propósito personal y sus fuentes de sentido
Luis Alonso Ramos
Iñaki VélaZ
3

¿Quo vadis compliance?
Belén Fontanals
16

Descifrando las claves del impacto: prácticas para incorporar la sostenibilidad e ir más allá
M^a Eugenia Clouet
20

Demografía, familia y cultura
Alex Navas
24

Economía o política: la quiebra de la acción
Miguel Alfonso Martínez Echeverría
28

¿El mundo está preparado para la Gen Z?
M^a Eugenia Clouet
Verónica Lozada
32

8 claves de una mente positiva
Juan Manuel Quelle
34

La 'velocidad de escape' de la IA y el futuro del trabajo
Juan Ángel Soto
36

Trabajo humano para un desarrollo humano
Ana Marta González
40

Actividades y Foros
42

Recensiones
45

|||||

Todos tenemos un propósito; no es posible ni justo asumir que algunas personas no tienen propósito en la vida. Nadie es irrelevante. Pero también es posible vivir de espaldas a nuestro propósito

¿Todos tenemos uno? ¿Es solamente uno o hay varios? ¿Es siempre el mismo o cambia a lo largo de la vida? ¿Se elige o se descubre? ¿Quién o qué determina cuál es nuestro propósito en la vida? ¿Qué pasa si no lo descubrimos o si vivimos de espaldas a él? ¿Qué significa “propósito” y cuál es su sentido? ¿Puede ser dañino? ¿En qué circunstancias?

A lo largo de este texto vamos a tratar de enfrentar algunas de estas complejas cuestiones. Para ello, comencemos por imaginar un diálogo entre tres personajes que se han planteado esas preguntas. El primero defiende a rajatabla la idea de que la realidad tiene sentido y que, en consecuencia, todos tenemos un propósito en la vida; nuestra tarea es descubrirlo. Otro se distancia de esa postura, sea por escepticismo o por una negación rotunda, y plantea que cada uno de nosotros somos quienes conscientemente debemos asumir la responsabilidad de darnos y dar propósito a la realidad, como si esta fuera totalmente neutra. Finalmente, el tercero se planta frente a los dos anteriores y considera que el propósito es solo una invención patológica que destruye el gusto por vivir, que es lo que verdaderamente importa; de manera que basta que nos mantengamos abiertos a lo que la vida nos puede ofrecer, ya que se vive mejor cuando simplemente se fluye.

La descripción de estas tres posturas sería más o menos como sigue:

A. Vocación

De acuerdo con esta primera aproximación, *tener un propósito significa poseer una vocación, una llamada, una misión, una causa. Significa descubrir un sentido para las cosas, para la vida, para hacer aquello que consideramos más importante. Es*

decir, no fijamos nosotros el propósito sino que nos viene dado, a veces de manera oculta o difusa, por lo que nos corresponde esforzarnos por descubrirlo. Es eso lo que nos hace salir adelante cuando las cosas se ponen difíciles, porque si tenemos un propósito, habrá un sentido absoluto e inamovible y dispondremos de una guía segura y una esperanza que nos anima a ofrecer nuestro máximo esfuerzo y sacrificio. Responder a un propósito es un modo de honrar los valores más sagrados de la humanidad.

Todos tenemos un propósito, no es posible ni justo asumir que algunas personas no tienen propósito en la vida. Esa sería la forma de discriminación más totalitaria e injusta. Nadie es irrelevante.

Pero sucede que también es posible vivir de espaldas a nuestro propósito. Hay gente que, o no lo descubre porque no lo busca, o no lo vive porque simplemente cuesta mucho responder a él. Y si vivimos así, ignorando el valor que tiene lo que hacemos o dejamos de hacer, todo empieza a volverse gris y las cosas pierden sentido, dejan de importarnos, y cuando todo da igual es más fácil cruzar la línea que separa el bien y el mal. Empezamos a engañar, a hacer trampas en la escuela, en el trabajo, en el gobierno, en nuestras amistades y relaciones de pareja. Corrompemos nuestros valores y defraudamos a los que creen en ellos. Utilizamos la violencia para controlar la vida de otras personas (y hasta la propia vida), porque cuando no se cree en un propósito que vaya más allá de los intereses inmediatos, se termina por creer que cualquier fin está justificado por cualquier medio. Cuando esto pasa, el sufrimiento y el caos gobiernan la vida y todo se vuelve realmente oscuro, un verdadero infierno.

Por el contrario, cuando vivimos respondiendo a un propósito, hacemos

de nuestras vidas algo brillante, inspirador, motivador y contagioso, algo que no solo nos hace bien y nos llena de gratificación, sino que además hace bien a todos los que nos rodean, los hace mejores, los llena de confianza y esperanza. Y, por esa vía, transforma la sociedad en un lugar más idóneo para vivir en paz y armonía. Es como si lográsemos manifestar, frente a todos, el sentido trascendente de la vida que compartimos. Por eso, las relaciones personales se hacen más sólidas y gratificantes; los compromisos, más fieles y duraderos; los trabajos y los negocios, más confiables, desafiantes y gratificantes. Los logros se comparten. La vida se vuelve una especie de aventura, no necesariamente con un final feliz. Es decir, en ella no siempre se resuelven todos los problemas o se elimina el sufrimiento, pero sí se manifiesta que estamos dispuestos a enfrentar los desafíos, incluso dando la vida si es necesario. Estamos dispuestos a explorar y correr riesgos porque, por encima de todas las incertidumbres, inseguridades y sufrimientos, gobierna una esperanza inquebrantable: las cosas importan, nuestro sacrificio y esfuerzo tienen sentido, vivir y entregar la vida valen la pena. No hay nada mejor que celebrar una vida lograda con los actos más heroicos de los que somos capaces, y con las personas que más profundamente se han unido a nuestro corazón o con quienes más íntimamente compartimos una causa. De modo que vivir con sentido sí hace la diferencia y es unificador.

B. Objetivos

Según este planteamiento, no existe un sentido neto para las cosas. En todo caso, si hubiera un sentido, este no viene predefinido por alguna fuerza externa o superior, sino que cada uno debe empeñarse en construirlo.

.....

Quando vivimos respondiendo a un propósito, hacemos de nuestras vidas algo brillante, inspirador, motivador y contagioso, algo que hace bien a todos los que nos rodean. Y, por esa vía, transforma la sociedad en un lugar más idóneo para vivir en paz y armonía

El propósito no se lee, se escribe.

La gente tiene miedo de aceptarlo, y por eso se inventan todo tipo de creencias religiosas o espirituales para sentirse más seguros y para no tener que asumir la carga más pesada de la vida: la responsabilidad ineludible por definir nosotros mismos cuál queremos que sea nuestro propósito. Solo entonces se siente el peso tan abrumador de la propia libertad para autodeterminarse, de la responsabilidad de existir. Que alguien nos diga qué debemos hacer resulta más fácil, pero también más infantil. Esa actitud no hace bien a nadie, ni a la sociedad en general, porque vivir dependiendo de que otro nos diga qué hacer y su porqué nos quita responsabilidad. La gente irresponsable no se hace cargo de nada ni de nadie, no tiene autonomía, no es proactiva, no sabe decidir ni hacerse corresponsable con los demás. Son manipulables y eso puede ser muy peligroso para todos.

El verdadero camino de madurez consiste en ser autónomo y capaz de elegir qué nos importa más en la vida y de actuar en coherencia con ello. Tener un propósito solo significa eso, alcanzar el nivel de madurez necesario como para elegir conscientemente algo que nos importa y hacernos discípulos de eso, porque solo de allí nace la auténtica disciplina. Nada nos hace más fuertes. Porque, si uno lo piensa, lo más difícil es darle dirección a nuestra libertad; pero una vez que nos hacemos capaces de autodeterminarnos, nada puede quitarnos la motivación sino solo uno mismo. Nosotros tenemos el poder absoluto sobre nuestra motivación para hacer las cosas o dejar de hacerlas. Cuando llegue el momento, si llega, podremos cambiar de dirección siempre y cuando lo veamos conveniente. Siempre podremos formularnos un nuevo propósito. Siempre seremos nosotros, y solo



nosotros, los responsables de nuestros logros, y nada nos dará miedo sabiendo que ninguna consecuencia puede ser más grande que nuestra propia libertad. Haremos solo lo que nos juzguemos dignos de hacer. Nada nos hace sentirnos más orgullosos que llegar al final y decir "lo hice a mi modo".

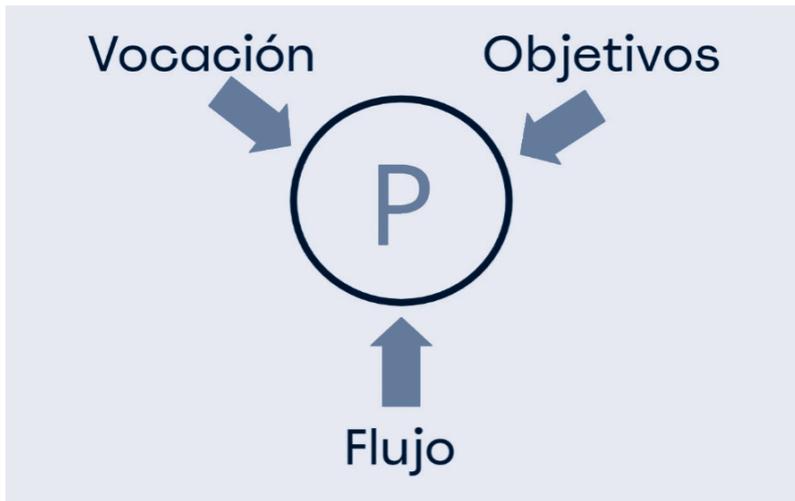
C. Flujo

Para esta postura, nada tiene sentido ni propósito. Las cosas son como son porque sí, y más allá de eso solo se es creativo, pero absurdamente creativo. No es que esté mal hacer eso, porque en realidad lo más objetivo que se puede decir de la realidad es que es extremadamente compleja como para poder comprenderla, y eso está bien.

Intentamos dar sentido a las cosas porque así nos sentimos más seguros, pero ¿qué problema hay con sentirnos inseguros? ¿Por qué le tenemos tanto miedo al miedo? ¿Por qué estamos tan obsesionados por encontrarle una respuesta racional a todo? ¿Por qué queremos que nuestra conducta sea coherente con algo? ¿Por qué no, más bien, intentamos vivir de forma absolutamente espontánea? ¿No sería esa la aventura más grande?

Jamás sabremos a dónde nos conducirán nuestras decisiones, todo será sorprendente y entusiasmante; y, como renunciamos a la coherencia, a los planes y a los cálculos, nada nos decepcionará, nada nos hará sentir que fracasamos, que defraudamos a alguien, a algo o a alguna causa. Para empezar, no existe la coherencia con un sentido, todo es un caos que brevemente toma la forma de un orden, pero que es ilusorio; en el fondo todo es incomprensible y caótico, y eso está bien. Por fin nos libramos del sentimiento más inútil, la culpa. Vivir sin culpa es liberador. La única responsabilidad que tenemos es vivir tan auténtica y espontáneamente como podamos, experimentar todo lo que sea posible, sea bueno o malo, dulce o amargo. Al final, lo que cuenta es que somos materia, como el resto del universo, pero por un breve lapso tenemos eso a lo que llamamos conciencia. Hay que experimentar tanto como nos atrevamos. Finalmente, el destino es exactamente igual para todos: la muerte. Da igual cuán sabios nos consideremos, lo que opinemos de nosotros mismos, de la sociedad o del dios en el que creamos... todos al final terminamos exactamente igual:

Un propósito personal es una integración del sentido de lo que hacemos o de lo que estamos viviendo



muertos y devueltos al caótico mundo de la materia en este universo tan inmenso como incomprensible.

Negar este modo de vida tampoco es un drama, pero sí que es aburrido y puede volverse opresivo. Si se vive bajo la mentira de que las cosas deben tener un porqué, inevitablemente terminamos cuadriculándonos, encasillándonos, limitándonos por unos parámetros que, o nos autoinfligimos, o dejamos que alguien nos imponga. Pero finalmente el resultado es el mismo: aniquilamos nuestra libertad y nuestra autoconciencia, desperdiciamos espontaneidad y autenticidad, y nos perdemos mucho en la vida porque en el fondo nos sentimos apegados y dependientes de unos supuestos valores que, por absurdo que suene, no tienen más valor que cualquier otra cosa. Es complicarnos por gusto. No hay nada más liberador que vivir sin esperar nada, atreviéndonos a todo, abiertos y acogiendo todo como nos llegue, sacando el mayor provecho hasta nuestro último aliento de vida. Es probable que la mayoría de nosotros combinemos algo de lo que defiende cada uno de estos tres personajes, aunque con pesos distintos. Estas posturas —exageradas para hacer más nítida la

cualidad general que caracteriza a cada una— representan las tres principales formas de entender la idea de propósito. Por eso mismo, también pueden ser entendidas como tres fuentes de sentido para el propósito: la creencia en un propósito como un don gratuito y que nos antecede; la creencia en que el propósito surge de la autoconciencia que se propone objetivos; y la creencia en que el propósito es un aventurarse hacia lo desconocido y basta dejar que todo fluya. El propósito o los propósitos personales nacen de una apropiación del sentido que percibimos de estas tres fuentes.

FUENTES DE SENTIDO PARA EL PROPÓSITO

Se pueden especificar propósitos de muchas formas, pero eso no significa que todos los propósitos tengan sentido. No es raro que se reduzca el propósito a alguna de las tres experiencias descritas, cuando en realidad, la forma más completa de dar sentido a un propósito implica la apertura a estas tres dimensiones o fuentes.

Un propósito personal es una *integración del sentido* de lo que

hacemos o de lo que estamos viviendo. Esta *integración* está compuesta por nuestra relación con *tres fuentes de sentido*:

1. la dimensión del DON, es decir, todo lo que en nuestra vida representa algo gratuito, algo que nos antecede y que es más grande que nuestra individualidad;
2. la dimensión de RESPONSABILIDAD, que implica nuestra capacidad de autodeterminación consciente para asumir responsabilidades; y
3. la dimensión de lo DESCONOCIDO, es decir, un horizonte de exploración, aprendizaje y crecimiento indeterminado, un destino misterioso que nunca podemos anticipar por completo.

A partir de estas tres relaciones encontramos verdades esenciales a nuestra identidad y labor en el mundo. Al asumirlas vitalmente somos capaces de configurar propósitos con un verdadero arraigo en la realidad, al mismo tiempo que apelan más profundamente a nuestras auténticas convicciones. Un propósito visto de este modo es una conjunción óptima entre nuestra interioridad y la realidad que nos rodea —incluyendo a las demás personas y sus propósitos— y, por esa misma razón, es el mejor modo de darle eficacia y sentido comunitario.

1. Don

Tener propósito significa recibir un don con sentido. La gran mayoría de las cosas que forman parte de nuestra vida son dones, aunque sean pocas las veces que nos detengamos a considerarlo. De igual forma, las causas más nobles en la historia de la humanidad, que atraen los propósitos de tantas personas, son dones también, puesto que sobreviven a

Tener propósito significa recibir un don con sentido. La gran mayoría de las cosas que forman parte de nuestra vida son dones, aunque pocas veces nos detengamos a considerarlo: la cultura, la familia, el amor

Don

Naturaleza humana
Medio ambiente
Cultura
Instituciones
Amor personal

sus autores y son acogidas por la sociedad como una herencia, un patrimonio que se custodia y desarrolla. Pero no hace falta considerar los extremos. Basta notar en la propia vida cuán determinada está nuestra motivación y nuestros valores por esta suerte de herencia que recibimos de otras personas. La especie humana, dentro del reino animal, tiene un periodo de dependencia hacia sus progenitores de aproximadamente dieciocho años. Esta es una época en la que la gran mayoría de experiencias nos vienen dadas por otras personas y configuran nuestra percepción, es decir, el prisma a través del cual filtramos de la realidad los aspectos por los que más nos dejamos cautivar y que, eventualmente, formarán parte de nuestros propósitos personales.

Nuestro temperamento, por ejemplo, es un componente de nuestra personalidad que heredamos y llevamos con nosotros toda la vida sin prácticamente modificaciones radicales. Por ser parte de nuestra personalidad, juega un rol crucial —y con frecuencia inconsciente— en la elección de nuestros valores, relaciones personales y contextos laborales, por decir algo. De hecho, el plano biológico está inmerso prácticamente por completo dentro de la experiencia del don. Nuestra constitución física,

profundamente unida a nuestra dimensión psicológica, nos viene dada en gran medida por la herencia genética de nuestros padres, nuestra alimentación y nuestra crianza. Estos dos últimos aspectos, que son de extraordinaria importancia en los primeros años de vida, son también dones recibidos.

Así como la naturaleza humana es algo recibido, es decir un don, lo es también la naturaleza en términos generales. En esa línea, se convierte en fuente de sentido en la medida en que el mundo natural actúa como una influencia a priori siempre presente en nuestro proceso de crecimiento. En efecto, la naturaleza nos proporciona un extraordinario potencial útil, así como también un trasfondo de simbolismo estético que van formando parte de nuestra constitución personal y nuestro destino. Este potencial nos ha cautivado siempre como humanidad, y nos ha llevado a establecer relaciones cada vez más estrechas y provechosas con la naturaleza. Los avances científicos y tecnológicos que caracterizan nuestra época dan testimonio de eso. Pero el valor de la naturaleza no se reduce a lo útil. Son muchas las personas que experimentan y cultivan un hondo sentimiento de admiración, respeto y gratitud por lo

natural, de modo tal que toda vez que se formula o asume un propósito, se considera también las implicaciones para el medio ambiente. En ocasiones, llega incluso a constituir el elemento central de un propósito de vida.

La cultura se presenta como otra fuente de sentido que adopta la forma del don. En efecto, entendida como un sistema de creencias compartido, constituye una suerte de contexto espiritual y social en el que somos depositados desde el primer instante en que venimos al mundo. Somos hijos de nuestra cultura. En ella están sembradas las grandes historias, héroes y máximas con las que empezamos la construcción de nuestro sistema ético en la convivencia social. A través de ellas aprendemos a hilar el sentido de nuestra propia historia personal, una trama con la que nos explicamos de dónde venimos y hacia dónde nos dirigimos, incluyendo, naturalmente, nuestros propósitos de vida. Este contexto cultural también encuentra formas muy concretas de manifestarse a través del arte, la tecnología y la ciencia, y juntos constituyen el patrimonio material, simbólico y científico de nuestras sociedades.

Lo institucional, que es un aspecto particular de la cultura, también constituye parte de la dimensión de sentido del don. Las instituciones, entendidas como una forma oficial de representar una tradición de valores, se yerguen en la historia como hitos sociales a través de los cuales se custodia y transmite un patrimonio común de la humanidad. De una manera u otra, todos estamos conectados con esta dimensión de institucionalidad. Puede decirse, incluso, que es el modo natural con que se habita en el mundo humano.

Tener propósito significa saber responder, saber asumir responsabilidades. Esa capacidad de respuesta está condicionada por nuestro nivel de compromiso

Mucho de lo que explica nuestro sentido de pertenencia viene de allí. La familia es la primera institución que inaugura este modo de existir. La nacionalidad, que nos introduce en un sistema y en una trama sociopolítica, nutre nuestro sentido de pertenencia y, en algunos casos, nos genera una fuerte sensación de misión y contribución. Todo ello, además, alimenta el sentido del propósito con el cual asumimos nuestro lugar en el trabajo y la profesión, el modo más ordinario de participar hoy en día de la dimensión institucional de la vida en sociedad.

El amor, en todas sus formas, es también una extraordinaria fuente de sentido para el propósito. Representa la forma de donación más general y al mismo tiempo más íntimamente personal. Todo puede ser explicado por el amor si se utiliza el término de forma universalista. Pero siempre que se quiera hablar del amor con autoridad se tendrá que recurrir específicamente a las personas que nos han amado para considerar el influjo que ello ha provocado en nuestra vida. Basta tener en cuenta cuánto de lo que entendemos como un propósito personal no es en realidad sino una forma de gratitud ante el amor que hemos experimentado por parte de alguien. Cuando consideramos todas estas formas en que brota el sentido para nuestro propósito, nos descubrimos siempre precedidos por alguien más, por otras causas, contextos y propósitos llenos de sentido, y de los cuales participamos, lo queramos o no. Es una dimensión de solidaridad ineludible que forma parte de la condición humana, tanto a nivel individual como social. Reconocer esto puede ser una extraordinaria oportunidad para tomar contacto



con todo aquello que podamos identificar con el origen de nuestras convicciones más íntimas. Lo originario tiene la cualidad de atribuirnos un sentido de misión, de estar siendo enviados, de formar parte de algo más grande que nosotros mismos, de lo que participamos y a lo que contribuimos para llevarlo adelante y continuar una historia.

2. Responsabilidad

Hemos visto que *lo dado* es una fuente de sentido para nuestros propósitos. Ahora bien, tener propósito también significa saber responder, es decir, saber asumir responsabilidades. La capacidad de responsabilidad frente a lo dado da igualmente sentido a nuestros propósitos. En términos abstractos, las formas de responder pueden ser virtualmente infinitas. Sin embargo, en la vida concreta, esta capacidad está condicionada por nuestro nivel de autodominio o autoposesión, pues es a través de ella como se perfecciona nuestra disposición para el compromiso. El sentido de un propósito personal puede sufrir una carencia importante si no se cuenta con la fuerza interior para dar a la propia vida una dirección coherente y disciplinada, por más que la fuente del don esté intensamente incorporada. Es más, es esta

disociación la que termina generando un profundo sentimiento de inadecuación, de insuficiencia y de culpa. La trama que hila la dimensión del don con la dimensión de la responsabilidad es crucial para darle sentido a los propósitos personales que nos fijamos. Sin embargo, antes que ser un impedimento, una noble apreciación de la fuente del don contribuye significativamente a encontrar la fuerza para darle a nuestra libertad un uso más consciente y eficaz.

En cierta medida, se puede decir que la autenticidad de un propósito dependerá de lo íntimamente arraigado que esté en nuestra interioridad personal. Por lo tanto, todo aquello que contribuya a desarrollar una interioridad más auténtica puede ser considerado como proveniente de esta segunda fuente de sentido que proponemos. Una interioridad cultivada, con raíces fuertes y profundas, sostiene en el día a día la coherencia necesaria para dirigir nuestra acción hacia aquello que consideramos un propósito. La responsabilidad, vista de este modo, no es mero voluntarismo, sino un despliegue armónico que libremente proyecta la interioridad hacia el mundo de la acción y de las demás personas.

Existen muchos caminos para desarrollar la interioridad, disponer

su apertura y potenciar la eficacia de nuestra libertad. La responsabilidad y el compromiso son objeto de innumerables programas de desarrollo personal y manuales de autoayuda. No es raro que sea así por la relevancia que tiene la efectividad en la convivencia y en el mundo del trabajo. Contar con una multiplicidad de recursos para acceder al potencial interior y hacernos más responsables y comprometidos es algo que no debe ser despreciado ni tomado a la ligera. Teniendo en cuenta el sesgo utilitarista y cortoplacista frecuente en esas propuestas, es importante señalar que por más autodeterminadas que deban ser nuestras responsabilidades, esto no equivale a asumir nuestros compromisos de forma individualista. Un propósito con sentido suele requerir la colaboración de otras personas

.....
Por más auto-determinadas que deban ser nuestras responsabilidades, esto no equivale a asumir nuestros compromisos de forma individualista. Un propósito con sentido suele requerir la colaboración de otras personas

Descuidar las fuentes internas que dan equilibrio a la vida personal y comunitaria conduce eventualmente a la división y a la dispersión. Una vida volcada únicamente hacia el mundo exterior con mucho orden y eficacia puede simular la industriosa responsabilidad de una persona competente. Aún con ello, corre el peligro de desconectarse de un principio personal interno, de la autoconciencia, del pensamiento crítico, de la interioridad moral y espiritual. Si se vuelve habitual, este estilo de vida se hace irresponsablemente dependiente del contexto y puede tender fácilmente hacia la pérdida espontánea de autocontrol. Es un camino fácil, aunque muy progresivo, hacia la impulsividad y puede ir destruyendo la capacidad de colaboración y trabajo en equipo. Por lo demás, fijar un propósito con sentido suele requerir, de un modo u otro, la colaboración de otras personas.

Lo que contará a largo plazo es la capacidad de aprovechar esta

fuerza interior de sentido, porque es una fuente, no una técnica ni un conjunto de reglas. Eso significa que el potencial que tiene nuestra libertad es virtualmente infinito, pero no somos dueños absolutos de ella. Intentar serlo conduce al libertinaje, y esto desvirtúa nuestro propósito. La libertad para responder ante la vida nace de una relación íntima con el misterio de la gratuidad; y, por tanto, tiene una necesaria conexión con el sentido del don. Específicamente en este caso, lidiamos con el don de nuestra libertad y de nuestra naturaleza humana. La mejor forma de responder es a través de la formación del propio carácter, la inversión en capital identitario; y, en definitiva, en todo aquello que sirva para edificar nuestra interioridad desde el bien, la verdad y la belleza.

Un propósito personal será asumido con mayor capacidad de responsabilidad en la medida en que se posea un carácter virtuoso y una identidad auténtica. Esto nace en buena medida de los hábitos que forjamos, pero también gana vigor a través de la influencia de personas, sucesos de profunda significación para nuestra vida y el sacrificio personal. La evidente conexión entre lo que hemos considerado *don* y la energía con la que decidimos asumir una *responsabilidad*, muestra que la interioridad personal posee la forma de un diálogo en el que participamos, un diálogo entre todo lo que puede ser considerado un don en nuestra vida, y el modo cómo lo acogemos y respondemos a él.

Por lo tanto, se puede decir que acudir a esta fuente de sentido para nutrir nuestro propósito personal coincide con tomar conciencia del rol que estamos interpretando con nuestra conducta en esa historia, como si estuviéramos inmersos en

una narración autobiográfica que, paradójicamente, va más allá de nosotros como individuos. Acceder a una ilación de sentido nos permite disponer con más eficacia de nuestra identidad y libertad. Naturalmente, si se trata de un diálogo, un rol y una narración, para poder acceder a él realmente será necesario decir y decirnos la verdad.

Afirmar la verdad no es fácil, al contrario de lo que pueda parecer. Parte de la razón de esta dificultad está en que no se trata de decir cualquier verdad, sino específicamente aquella que concentra en sí los aspectos más íntimos asociados a nuestro *potencial* y al modo con que estamos haciéndonos responsables de él. Por lo tanto, reúne los anhelos más hondos y persistentes que hemos tenido en la vida, como también las pasiones, hábitos y virtudes que actualmente gobiernan nuestra voluntad y nuestra conducta.

En ese sentido, esta *verdad* que nuestra conciencia reconoce pone en jaque, como si fuera un juez, toda nuestra capacidad de gratitud y responsabilidad. Es fruto de un honesto examen sobre nuestros dones, virtudes y falencias; una revisión del estado actual de nuestra interioridad y libertad. Por ende, puede requerir una buena inversión de tiempo, regularidad, puntos de vista ajenos y soledad, otra importante razón de por qué esto puede ser tan difícil.

Pero, sobre todo, la eficacia del acto de decir la verdad dependerá de que se tome un punto de referencia *absoluto* contra el cual contrastar los juicios que realice nuestra conciencia. En otras palabras, se trata de contrastar la verdad que nuestra conciencia encuentra con lo más absoluto e indubitable que conozcamos, aquellas realidades que más amplia, profunda y

Lo desconocido

Lo imprevisto

Lo que nos cautiva

Los temores

El fin de la vida

Aventura

objetivamente nos ayudan a entender el sentido de nuestra libertad y nuestro potencial. Esto puede incluir principios lógicos, éticos e incluso religiosos. De otro modo, decir la verdad terminaría reduciendo a un acto exclusivamente subjetivo, por más honesto que intente ser.

En resumen, en este ejercicio se asienta la verdad sobre nuestra identidad y conducta, específicamente sobre el modo en que asumimos la responsabilidad de tener libertad frente a lo dado. Por ende, esta verdad entrelaza elementos que pertenecen al *don* y a la *responsabilidad*, como si fuese un diálogo entre ambas dimensiones. Este diálogo revela importantes aspectos del sentido de nuestra historia personal. Así, no es extraño que, en el momento en que se toma conciencia de esta verdad, se tenga la experiencia de una intuición poderosa sobre el sentido de nuestra vida, sobre quiénes somos más auténticamente, sobre el personaje que estamos interpretando, la historia que representamos y el destino que nos cautiva.

Posarnos frente a ello nos pone en una situación mucho más provechosa para tomar decisiones respecto al modo como estamos definiendo y asumiendo un propósito personal. En otras palabras, se gana un tipo especial de lucidez

mental con el cual queda más fácilmente patente cuáles son las *responsabilidades* —consecuentes a nuestros dones y a nuestra libertad— que nos corresponde asumir para definir mejor y realizar nuestro propósito.

Es ese tipo de verdad la que necesitamos decir para entrar en sintonía con la naturaleza dialogal y narrativa de nuestra interioridad y nuestro propósito. Ella se presenta como el vehículo con el cual ingresamos en la interioridad personal y retornamos al mundo de la comunión y de la acción con una renovada capacidad de asumir responsabilidades. Decir la *verdad* y asumir las *responsabilidades* que se derivan de ello es un arte en el que se integra la dimensión del *don*. Pero también, como se verá a continuación, la verdad tiene una potencia capaz de lanzarnos más allá de lo que nuestra conciencia es capaz de comprender y controlar.

3. Lo desconocido

Hasta ahora hemos explorado las fuentes del don y de responsabilidad que nutren de sentido el propósito personal. Cuando le incorporamos una trama que une lo dado con lo que nos permite asumir una responsabilidad, nuestro propósito cobra un vigor y un sentido capaz de unificar, en nuestra

El sentido de un propósito nos precede y nos exige virtud para responder, pero también nos supera y se proyecta hacia lo desconocido. Lo desconocido suele producir miedo y angustia. Saber enfrentar el miedo genera un aprendizaje de importancia vital

identidad la gratitud, la virtud y la autenticidad. Pero, como hemos visto, hay además una tercera fuente de sentido desde la cual podemos incorporar una adecuada actitud frente a lo desconocido. Esto es así porque un propósito con sentido, si bien implica lograr hitos y metas concretas, no agota en ello su razón de ser, sino que eso es incluso capaz de intensificarla. Por ende, no es posible anticipar del todo cuáles serán las consecuencias últimas implicadas en nuestros propósitos, así como tampoco es posible evitar del todo los imprevistos, las sorpresas y contrariedades.

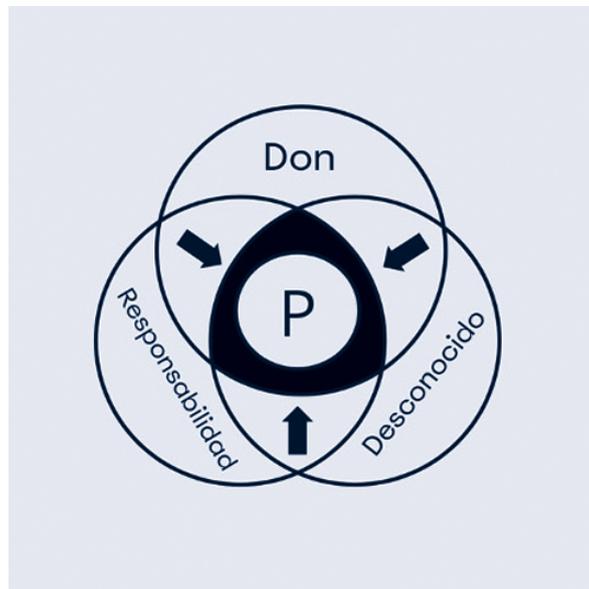
Muchas veces es incluso tremendamente misterioso por qué nos sentimos íntimamente cautivados por alguna actividad en la que el tiempo y el esfuerzo parecen disolverse en nuestra conciencia. Reconocer esto es igual a decir que hay algo en el sentido de nuestros propósitos que excede lo que consciente y voluntariamente nos proponemos. Así como el sentido de un propósito nos precede y nos exige virtud para responder, así también nos supera y se proyecta hacia lo desconocido.

Se puede asumir, y con razón, que lo desconocido produce frecuentemente miedo y angustia; sin embargo, bajo las condiciones adecuadas, también es capaz de provocar entusiasmo y esperanza. Ambas reacciones son valiosas. No por ser desagradable se debe descartar o intentar evitar el temor ante lo desconocido. El miedo, cuando es sano, no es más que un indicador que señala los riesgos y su magnitud. Saber enfrentar el miedo, mirarlo tan atentamente como sea posible, genera un aprendizaje de importancia vital para atender eficazmente las circunstancias internas y externas

en las que nos encontramos. De esta manera lo convertimos en un aliado. Aquello que nos provoca temor suele esconder también, paradójicamente, las lecciones más valiosas y necesarias con las que se puede superar alguna etapa de la vida o problema en general.

Mostrarnos a nosotros mismos que somos capaces de enfrentar el miedo genera una experiencia de seguridad desde la cual podemos abrirnos con mayor fuerza a considerar las multiformes posibilidades en que un propósito con sentido puede transformar nuestra persona y el mundo para bien. Esto, además de confianza, exige creatividad. Por ende, implica nuevamente el recurso a nuestra libertad para interpretar la proyección narrativa de una historia en la que estamos inmersos, sus posibles desenlaces en las formas más heroicas que somos capaces de concebir.

Una personalidad madura suele comprender con mucho realismo que ese recorrido de crecimiento exige sacrificio y compromiso; pero, además, que eventualmente tendrá un punto final. Estos desenlaces no siempre coinciden con un “final feliz”. No obstante, si ese final representa el sentido del más profundo aprecio por *lo dado*, así como también la más generosa forma de asumir nuestra *responsabilidad*, representará también nuestra más confiada esperanza en que, más allá de lo imprevisto e incontrolable que pueda ser el desenlace de nuestros propósitos, estamos siendo conducidos por un extraordinario sentido de solidaridad del que ahora participamos. Bajo esta lente, el sentido final del propósito trasciende nuestras circunstancias, incluso las que nos acompañen en los últimos instantes de vida. Esto se



puede llegar a experimentar como si un propósito personal estuviera acompañado de una suerte de bondadosa providencia.

Para llegar a esa comprensión, el sentido del propósito personal debe tener un valor tal que nos sintamos dispuestos a poner nuestra vida a su servicio. Pero, aquí merece la pena notar que solo la conexión de sentido con el *don* y la *responsabilidad* evitan que tal experiencia degenera en fanatismo, pues de otro modo no sería difícil creer que el *fin* justifica cualquier medio. Cuando esto sucede, se pervierte también el sentido de responsabilidad y de gratitud frente a lo recibido. Así, los propósitos pierden su vitalidad y caemos presas de la ilusión de estar entregados a un porvenir arbitrario. De esto surge una natural actitud de rebeldía —pues nada es más opuesto a la libertad que la arbitrariedad—, y degenera con facilidad en una protesta igualmente arbitraria, que termina dirigiendo las energías de la interioridad hacia el resentimiento y la violencia. No es raro, sin embargo, que esto último permanezca escondido bajo la fachada de una actitud indiferente frente a la vida y su destino. Por el contrario, cuando respondemos con valentía y generosidad al asumir el sentido último de nuestros propósitos, estos transforman nuestra vida en una

El sentido del propósito personal debe tener un valor tal que nos sintamos dispuestos a poner nuestra vida a su servicio

auténtica aventura, cuyo desenlace incluye la esperanza máxima que representa nuestros anhelos más profundos. Ver nuestro propósito personal como una aventura cautivadora a la que voluntariamente decidimos embarcarnos es posible cuando nos apoyamos sobre la fuente del *don* y de la *responsabilidad*. Son estos propósitos los que terminan dando forma al sentido de nuestra vida; y, por su naturaleza solidaria, tienen el potencial de contribuir a dar forma incluso a la historia de la humanidad. Sirven así de verdaderas lumbreras que orientan el mundo de la cultura y de los valores, sean estos científicos, humanísticos o religiosos.

INTEGRAR LAS TRES FUENTES

Como hemos visto, el propósito personal es una *integración del sentido* que brota de las tres fuentes exploradas: el don, la responsabilidad y lo desconocido. Es posible que alguna de estas tres dimensiones tenga mayor relevancia en algunas épocas o etapas de la vida, o según el peso que les demos en relación con nuestra personalidad. Sin embargo, a pesar de los énfasis que puedan tener, debe mantenerse entre ellas una *ilación de sentido*. Esto debe ser así puesto que la idea de propósito no se encuentra ni exclusiva ni absolutamente en ninguna de esas tres fuentes, sino en las relaciones que se dan entre ellas: la relación del don con la responsabilidad, de la responsabilidad con lo desconocido, y del don con lo desconocido.

No es raro que, en nuestra época, tan agitada y llena de apremiantes oportunidades y responsabilidades, se acreciente en iguales proporciones nuestra sed de paz interior. A menudo asumimos que



un estado de serenidad solo puede provenir bien *a posteriori* (tras cumplir con nuestros pendientes más urgentes e importantes), bien o *a priori* (con filosofías de vida que nos prometen inmunizar nuestro mundo emocional por vía de hacerlo indiferente al estrés de nuestras relaciones personales, profesionales y de los sucesos fortuitos de la vida). En ambos casos es fácil caer en un paradigma de vida desconectado de la esperanza en lo eterno y lo venidero.

Frente a todo ello, el modo de aproximarnos al propósito que estamos exponiendo, nos introduce también en una nueva forma de entender la vida, la acción y las relaciones. Vivir bien, con propósito y con sentido, es un modo de existir, un modo de estar en el mundo y de relacionarnos, y no una técnica para resolver pendientes o hacernos insensibles al sufrimiento. Podemos asociar la idea del propósito a un modo de estar presentes y conectados con las fuentes de lo eterno que nacen en lo *dado*, en nuestra *responsabilidad* y en lo *desconocido*. Esta aproximación activa en nuestra conciencia una nueva forma de aproximarnos a nuestro crecimiento personal. Frente a lo *dado* aprendemos el sentido de la *gratitud*, frente a nuestra

responsabilidad aprendemos el sentido del *sacrificio* y la *verdad*; y frente a lo *desconocido* aprendemos el sentido de la *valentía* y la *aventura*.

Por esa misma razón, cuando se prescinde de esta conexión, es posible formular propósitos sin sentido, con poco sentido o con un sentido mal acogido. Si no se mantiene esta sana tensión relacional entre las tres fuentes del propósito, se puede caer en la absolutización de cualquiera de ellas. Si absolutizamos el don, asumiremos una actitud de dependencia inmadura y rígida en los compromisos. Si absolutizamos la responsabilidad, caeremos en la actitud neurótica de querer controlarlo todo. Por último, si absolutizamos lo desconocido, nos veremos atrapados en una actitud irresponsable sin compromisos ni arraigos. Como ninguna de estas tres actitudes ante la vida dan resultado a largo plazo, cuando se absolutizan se corre el riesgo de perder el norte y frustrarnos en la consecución de alguna meta personal, incluso hasta el punto de victimizarnos y detenernos del todo o de conformarnos con ciertos objetivos que no resuenan con nuestra identidad.

Nuestra identidad tiene, precisamente, esta triple fuente de

.....
La idea de propósito se encuentra en las relaciones que se dan entre esas tres fuentes: la relación del don con la responsabilidad, de la responsabilidad con lo desconocido, y del don con lo desconocido

sentido. No podemos decir que somos exclusivamente individuos autoconscientes sin más; somos también el producto de nuestra educación, cultura, padres, familia, nación, etc. Pero también somos el resultado de nuestra esperanza, nuestros anhelos, de la libertad con la que nos enfrentamos a lo desconocido y hacemos de nuestra vida una aventura. Por lo tanto, si buscamos vivir con propósito, este necesariamente debe ser un reflejo de lo que más auténticamente somos, de lo que más valoramos y de lo que más nos realiza como personas. Esto sólo puede nacer de una sana relación entre lo que hemos recibido como don, lo que hemos conseguido con nuestra autodeterminación y la apertura hacia lo desconocido.

CONSECUENCIAS VITALES PRÁCTICAS

Hacer concreto el propósito personal implica la habilidad de hilvanar una historia vital a partir de esas tres fuentes de sentido. No hay una sola forma de lograrlo, ni tampoco un orden que funcione siempre, pero sobreamplifican las formas de adentrarnos en esta tarea. Se puede decir que este tejido de sentido es tan complejo como la vida misma y, al mismo tiempo, tan simple como la intuición de nuestra identidad. Así, complejidad y simplicidad son aquí aliadas, tanto como lo son en la construcción de una historia personal.

Para no perderse en la extrema complejidad que puede nacer de la exploración de cada una de estas fuentes por separado, resulta útil adoptar rítmicamente la contemplación, el análisis y la síntesis. La contemplación es un acto de *apertura* a la realidad que se nos manifiesta, junto con una *asunción* de la verdad que encontramos

en ella. El análisis es la separación de los elementos que componen racionalmente esa verdad descubierta, y que luego pueden ser sintetizados de nuevo para dar lugar a formas concretas de categorizar nuestra vida, asumir nuevos modos de actuar y realizar planes a corto y largo plazo. Finalmente, se puede volver a la contemplación de lo que hemos sintetizado y de los resultados que se nos van manifestando progresivamente en la concreción del propósito. La contemplación y la síntesis son los polos simples de esta experiencia, mientras que el análisis racional sería más bien la parte compleja. Sin embargo, es posible que, en términos de esfuerzo, resulte más difícil aprender a contemplar y sintetizar que a analizar.

El acto de contemplación puede aplicarse tanto sobre cada una de las fuentes por separado, como también sobre las relaciones entre ellas. Es natural que esto último dé más frutos en la medida en que se tenga una consideración más precisa de las fuentes por separado. Sin embargo, lo que se descubre en las relaciones entre las fuentes suele provocar una suerte de *insight* que ilumina aún más el auténtico sentido de cada una de las fuentes.

Siguiendo esta lógica, apreciar la dimensión del *don* en nuestro propósito implicará considerar, por ejemplo, todos estos aspectos de nuestro capital identitario:

- Nuestros antepasados, empezando por nuestros padres, sus historias, sus esperanzas, sus sacrificios, sus aciertos y sus errores.
- Nuestros hermanos, primos, amigos y en general todas las personas que hayan tenido una influencia significativa en nuestra vida.

.....

Para explorar cada una de estas fuentes por separado sin perderse en su complejidad resulta útil adoptar rítmicamente la contemplación, el análisis y la síntesis



- Nuestra cultura, las costumbres, creencias y ritos que han formado parte de nuestra vida en una comunidad concreta.
 - La condición socioeconómica que hemos heredado de nuestra familia.
 - Nuestro cuerpo, su condición física, sus disposiciones naturales.
 - Nuestro temperamento, las tendencias específicas que explican nuestra reactividad natural.
 - Nuestros talentos naturales.
 - Nuestra nación, el lugar donde residimos, la historia, el contexto social e institucional con su entramado político y formativo.
- La apreciación de la dimensión de *responsabilidad* es esencialmente distinta a la anterior, puesto que no consideramos lo dado, sino lo que hemos logrado con nuestro esfuerzo consciente. Por eso, contemplar esta dimensión implica principalmente enfocarse en el estado actual de nuestro carácter y, por consiguiente, se trata de un
- acto de reflexión o de autoconciencia. Ayuda, en este sentido, considerar lo siguiente:
- Nuestras virtudes y vicios.
 - Nuestros hábitos y rutinas.
 - Nuestros compromisos con personas e instituciones.
 - Nuestras creencias y motivaciones, especialmente las que consideramos más absolutas.
 - Las capacidades, habilidades y competencias que hemos desarrollado.
 - Nuestra edad cronológica y mental, es decir, nuestro nivel de madurez psicobiológica.
 - Nuestros logros y fracasos, sean estos académicos, deportivos, laborales, sociales, familiares, etc.
 - Las decisiones más importantes que hemos tomado en nuestra vida, con sus consecuencias.
 - La estructura narrativa de nuestra historia personal.
- Para acercarnos a la contemplación de la dimensión de lo *desconocido* hace falta otro tipo de apertura distinta a la que se necesita



para el don y la responsabilidad. En este caso se requiere ponerse en actitud de valiente exploración, de exposición a los miedos y las incertidumbres, como también al destino final, la muerte, así como lo que creamos que aguarda después de ella. Por lo tanto, ayudará considerar lo siguiente:

- Los miedos más grandes en la vida.
- Las expectativas más nobles que tenemos, ya sea de nosotros mismos como de la vida en general.
- El final de nuestros días, la muerte y su repercusión en las personas que dejaremos aquí.
- El destino final, en caso de que creamos en él, qué nos espera tras la muerte.

Como dijimos anteriormente, la fuente de mayor sentido se encuentra en la relación entre las tres dimensiones. Sin embargo, ayuda empezar por contemplarlas por separado, ya que, en un movimiento ulterior, resultará más simple captar las conexiones existentes entre ellas. Así, por ejemplo, podemos vislumbrar cómo una cierta condición socioeconómica heredada de nuestra familia sirvió de ayuda para asumir ciertas oportunidades de formación, que repercutieron

además en el desarrollo de ciertas competencias para abordar cierto tipo de carrera profesional. Podemos ver qué hemos hecho de eso con nuestro esfuerzo consciente, si es que ello nos ha conducido a comprometernos con alguna causa o con personas específicas; y si esos compromisos nos están proyectando hacia el futuro por caminos que en cierta medida podemos vislumbrar, pero cuyas responsabilidades también esconden riesgos y miedos existenciales. También es posible considerar nuestra constitución física y temperamental, y cómo, a partir del desarrollo de nuestra personalidad, nos hemos inclinado hacia ciertas preferencias de estudios, deportes y profesiones, pasatiempos e incluso amistades; cómo eso ha creado a nuestro alrededor un ecosistema más o menos apto a nuestra forma de ser. Así, podemos verificar si con ello hemos construido un estilo de vida satisfactorio o no, si nos ha conducido a mirar el futuro con ojos de esperanza o con angustias, y si estamos o no dispuestos a cambiar de ecosistemas y bajo qué consideraciones.

Se puede hacer este ejercicio de

ilación con uno o varios elementos simultáneamente, como un acto cotidiano o de manera intensiva en momentos que consagramos a dicha labor. Esto último es más provechoso cuando se ha reservado algo de tiempo cotidiano para irse familiarizando con estas fuentes de sentido. El resultado global de un ejercicio semejante es el de asumir una forma particular de contarnos nuestra propia historia, una forma más o menos narrativa de explicarnos por qué estamos donde estamos, por qué estamos como estamos y de qué manera estamos encarando el destino que espera por nosotros.

En los tres casos conviene considerar lo positivo y lo negativo. Ambos aspectos tienen mucho valor para comprender mejor el sentido de aquellos propósitos que están siendo entretejidos en nuestra vida. Un buen análisis de sus causas y una buena síntesis que nos sirva de proyección para incorporar los cambios necesarios suele mejorar nuestra capacidad de compromiso. Pero la verdad del propósito que vamos descubriendo por el acto de contemplación en este ejercicio de conexión con las tres fuentes de sentido engendra gratitud. Ambas actitudes —compromiso y gratitud— acompañan siempre un buen ejercicio de discernimiento de nuestros propósitos personales.

CONCLUSIÓN

Existen muchas prácticas específicas que ayudan de manera más focalizada a aterrizar los elementos que brotan de la aproximación a las tres fuentes de sentido del propósito. Aquí se ha intentado describir de forma inicial la estructura general de sentido con la cual nos es posible entretejer una relación entre la interioridad

.....

El resultado global es asumir una forma particular de contarnos nuestra propia historia, una forma más o menos narrativa de explicarnos por qué estamos donde estamos, por qué estamos como estamos y de qué manera estamos encarando el destino

personal y la realidad que nos rodea, de tal forma que nuestro propósito esté vigorizado por un asentimiento real desde las convicciones más profundas, así como también para que gocen de la máxima eficacia posible en la consecución de objetivos concretos.

Comprender
mejor el
sentido de
nuestros
propósitos
suele mejorar
nuestra
capacidad de
compromiso

Lo dado, la capacidad de usar la libertad para responder y la aventura de adentrarse en un futuro indeterminado forman parte de la experiencia humana y de la realidad. Esta estructura nos permite incorporar ulteriormente toda suerte de consideraciones acerca

de lo que ya se ha venido desarrollando en el mundo de la psicología, la filosofía y la empresa. Dichos temas serán precisamente el objeto de profundizaciones futuras y mayores desarrollos, que esperamos sepan servir al beneficio de nuestra época y sus desafíos ●

PARA SABER MÁS: Brooks, A. C. (2022). *From Strength to Strength. Finding success, Happiness and Deep Purpose in the Second Half of Life*. Portfolio; Brooks, D. (2015). *The Road to Character*. Random House; Camus, A. (1955). *An Absurd Reasoning: The Myth of Sisyphus and other Essays*. Vintage Books; Camus, A. (2004). *The Myth of Sisyphus*. In G. Marino (Ed.), *Basic Writings of Existentialism* (441-492). Random House; Christensen, C.; Allworth, J.; Dillon, K. (2012). *How will you Measure your Life?* Harper Business; Coleman, J. (2022), *Crafting Your Purpose*. Harvard Business Review Press; Ellis, A.; Harper, R. (2017). *Una nueva guía para una vida racional*. Obels; Epstein, D. (2020). *Amplitud (Range)*. Por qué los generalistas triunfan en un mundo especializado. Empresa Activa; Frankl, V. (2015). *El hombre en búsqueda de sentido*. Herder; Gibson, J. J. (1979). *An Ecological Approach to Visual Perception*. Erlbaum; Gray, J. A. (1982). *The Neuropsychology of Anxiety*. Oxford University Press; Gray, J. A. (1987). *The Psychology of Fear and Stress* (2nd ed.). Cambridge University Press; Gray, J. A.; McNaughton, N. (2003). *The Neuropsychology of Anxiety: An Enquiry into the Function of the Septal-Hippocampal System*. Oxford University Press; Lansing, A. (2019), *Endurance: La prisión blanca*. Capitán Swing; Martela, F.; Steger, M. F. (2016), "The Three Meanings of Meaning in Life: Distinguishing Coherence, Purpose, and Significance". *The Journal of Positive Psychology*, 11(5), 531-545. <http://dx.doi.org/10.1080/17439760.2015.1137623>; Nietzsche, F. (1998). *Crepúsculo de los Ídolos*. Alianza; Peterson, J. B. (1999). *Maps of Meaning: the Architecture of Belief*. Routledge; Peterson, J. B. (2006). Religion, Sovereignty, Natural Rights, and the Constituent Elements of Experience. *Archiv für Religionspsychologie*, 28, 135-180. <http://dx.doi.org/10.1163/008467206777832580>; Peterson, J. B.; Flanders, J. L. (2002). Complexity Management Theory. *Cortex*, 38, 429-458. [http://dx.doi.org/10.1016/S0010-9452\(08\)70680-4](http://dx.doi.org/10.1016/S0010-9452(08)70680-4); Peterson, J. B. (2013). Three Forms of Meaning and the Management of Complexity, In K. Markman, T. Proulx; M. Linberg (Eds.). *The Psychology of Meaning*. American Psychological Association; Peterson, J. B. (2020). *12 Reglas para la vida. Un antídoto ante el caos*. Booket; Proulx, T.; Markman, K.; Lindberg, M. (2013). Introduction: The New Science of Meaning, In K. Markman, T. Proulx; M. Linberg (Eds.). *The Psychology of Meaning*. American Psychological Association; Schwartz, B. (2015). *¿Por qué trabajamos? En busca de sentido*. TedBooks; Solzhenitsyn, A. (2015), *Archipiélago Gulag*. Tusquets; Swanson, L. W. (2000). Cerebral Hemisphere Regulation of Motivated Behavior. *Brain Research*, 886, 113-164. [http://dx.doi.org/10.1016/S0006-8993\(00\)02905-X](http://dx.doi.org/10.1016/S0006-8993(00)02905-X); Swanson, L. W. (2003). *Brain Architecture*. Oxford University Press; Wiener, N. (1948). *Cybernetics: or, Control and Communication in the Animal and the Machine*. Technology Press.